

## PÓSTUMA BALLERINA ASSOLUTA

Un festival de ballet ocupa La Habana y sus sobremurientes teatros. La opulencia y el *glamour* son el perfume caro de un público que asiste a aplaudir a sus estrellas y, de paso, a ponderar el brillo de la próxima generación de danzantes. Oh là là!

En Cuba, no sé si alguna vez nunca existieron o si alguna vez dejarán de existir las clases sociales —un concepto demasiado marxista para ser verosímil—, pero es obvio que aquí, en el lobby más luminoso de nuestras noches tan mortecinas, se concentra una audiencia entendida, ilustrada, ostentosa de su élite condición. Cubanos de primera clase, jetsetcialismo, castrismo encurtido por una costra de alta cultura.

Con esta *crème de crèmes* sutil socialista es obvio que muy poquito se podrá contar, a los efectos de mover otra cosa en Cuba que no sea un par de actos clásicos de ballet. Son los cubanos contentos, con sus joyas contantes y sonantes, sus puyas y telas de costura estratosférica y sus marcas de boutique, sus autos importados con aclimatación y panel de cámaras en lugar de espejos —airbags y otras anomalías—, con sus discretas cuentas bancarias internacionales al margen del Estado y con sus reformados permisos de emigración.

Son los suizos del socialismo caribe, la solución emergente a la carroña contestataria. La alternativa altanera aún dentro la Revolución todo y fuera de la Revolución nada. Los cubanitos empoderados de verdad, una casta pragmática desde antes de la Revolución acaso —y los únicos que la van a sobrevivir—, una blancada solvente de sobra sin mendigar los milloncitos ridículos de una USAID más que manipulada por el gobierno cubano, los poderosos y sumisos a un tiempo,

hedonistas y trans-históricos, devotos de domingos y sin otros dios que el dinero que adecenta incluso a la dictadura. Son como cubanoamericanos, pero de la propia Isla abandonada a sus Castro: son los cubanocubanos y olé.

Esta es la Cuba del súper statu quo, con raíces secretas tanto en el ex-exilio empresarial como en las Fuerzas Armadas Recontrarrevolucionarias y los misterios del Ministerio del Interior. En mi orfandad lumpen-proletaria de condenado a una muerte civil, no deja de emocionarme compartir aunque sea sólo un instante con este antro de eternidad. El lobby del teatro Karl Marx de Miramar este fin de semana es una esquina incólume de la eternidad. Un preview del paraíso sin papá Estado y con padrastro Bank.

Los revendedores por cuenta propia hacen aquí y ahora su pastel en moneda dura, su pan convertible de cada noche. Se trata de “cambiar todo lo que deba ser cambiado”, como en la consignita penúltima de nuestro póstumo Fidel. Por suerte, estos traficantes de tickets siempre tienen entradas libres al por menor, ya que las taquillas se agotan desde la misma edición anterior del Festival de Ballet de La Habana (se llaman así por modestia, pero son cónclaves internacionales).

Estos piraticas al margen de la corsaria Alicia Alonso le hacen un favor a su show, facilitando una plusvalía de entradas de última hora al espectáculo, en caso de que a algún espectador se le ponchase el Ferrari o no encontrara la estola del brillo exacto para cada ocasión.

Cierran las puertas y, de todas formas, siempre se queda afuera un manojito de poderosas damitas y attachés diplomáticos, reclamando en *mute* al otro lado de la pecera no sé qué derecho de reembolso del ticket (democracia participativa ipso facto). Dentro, en el salón rumoroso, las

luces declinan y rompe ya la magia de unos personajes cautivos entre el vigor y la levedad, junto con el tam-tam sinfónico de una orquesta cubana en vivo. Yo te tomo de la mano, mi amor —única fila de la ciudad donde podemos querernos sin riesgo de los paparazzi políticos del G-2—, y comienzo gentilmente a llorar con un llanto sin lágrimas.

No hace ninguna falta conocer la narrativa infantil que insufla de sentido los movimientos de este o aquella *mise en scène*. El ballet es demasiado bello para dejarlo en manos de los baletómanos. Y los bárbaros como yo podemos darle una lectura mucho más paladeable.

Es mentira que exista algo más que esos cuerpos llevados milagrosamente a su límite de músculo espiritual. Son atletas, circo divino. La energía musical cristalizada en mística luz, fognazos de respiración bajo el maquillaje y la sonrisa de atrezo, asexuada. Ángulos insospechables para la biología de los primates. Por lo que, a la par, es excitante. Es combate en paz. Es recóndita y ostensiblemente sexo culturizado, volátil más que vaginal.

Dioses y diosas coreografiados que, en ocasiones, como corresponde a la tragicomedia del hombre y la mujer en el mundo, resultan ser demonios literalmente caídos más allá de la dramaturgia del guión. Y eso fue lo que más me impresionó de la velada: la tremenda caída de una primera bailarina, despatarrada sobre las tablas de un escenario donde quién sabe cuántos congresos comunistas se habrán celebrado durante nuestro conato de nación (antes del Partido Comunista de Cuba el Karl Marx se llamaba, por supuesto, Blanquita, y para blanquitas y blanquitos nunca ha dejado de ser).

Una bailarina. Una muchacha. Una adolescente. Una niña. Una virgen. Una desolación. El ruido que hizo fue más

potente que los acordes de trueno de los mil y un músicos soterrados. Coppelia cayó, cataplún, y el Blanquita Marx en pleno calló.

Era como si esa chica fuera de balance recobrase de pronto la gravedad de toda su compañía de baile. Se desplomó y casi se hunde bajo la madera. El tiempo tendió asintóticamente a cero, a silencio. Rebotó y, como una gimnasta sin medallas, con el mismo impulso de su derrota dislocada se puso de pie, y fue a ubicarse como un conejito de Cortázar en la que se suponía fuese su próxima posición (como una alumna que debe entrar tarde al aula y trata de colarse medio inadvertida, para no ser ridiculizada por el *maître* de su peor asignatura).

El público cubano aplaudió el error de la profesional o acaso su talante tierno para resucitar con naturalidad. Pero, como es costumbre en estos casos, cierto caos se apoderó del resto de la función. Cierta, digamos, anisotropía fractal: cada nuevo giro reflejaba el mismo peligro de nuestra muñequita en saya y leotardo de ángel, en precario desequilibrio sobre sus puntillas de pie y sus giros a punto de esquince.

Pienso que debiera existir un ballet cuyo virtuosismo se basara exclusivamente en el error humano, en la fractura de ese estilo encorsetado por siglos, en fingir cierto vértigo de imbalance radical. Eso sí sería absolutamente moderno a los efectos de un arte que, como su *prima ballerina assoluta* en la Cuba de Castro, no se supo suicidar a tiempo en esta isla de cumbanchas y caudillos.

Al contrario, Alicia Alonso también fue vedette de Batista, antes de ella vestir a su compañía de verde olivo — de olvido—, pues Fulgencio y Fidel no quedan nada lejos en nuestro índice onomástico, homomáchico). Dame la F, ¿qué dice? Y aún más, Alicia Alonso hasta enterró una zapatilla

bajo el tablado como talismán, para que nunca el poder totalitario se olvidara de su entrega sin tacha ni tentación de desertar en el extranjero.

Es lindo ver morir mil veces al cisne o cojear sin faltas técnicas al cáncamo del doctor Coppélius, pero también es políticamente *kitsch* re-representar estas muertes de mentiritas en un siglo XXI que en Cuba aún no se acaba de inaugurar (demasiados cadáveres recondenados sin reconciliación).

El público se para al cabo con el telón y la coda y el bis, con sus *bravos* y *regios* y demás aleluyas no tan manieristas como amaneradas. Parece que los cubanos de éxito no se cansan de tantas caídas y recaídas. Aquí dentro el castrismo es sólo un concepto clown. Hay esperanza de que mañana amanezcamos cancanando con la barbarie de otro ballet. Y así se escurren estos *coolbanitos* de cara al futuro, en la madrugada de un sábado post-revolucionario.

Este legado, por cierto, es genético más que moral: sus descendientes vivirán lo que tú y yo no vivimos, mi amor. No llores sin lágrimas ahora tú. La batalla por un futuro de derechos en libertad es ya más darwinista que democrática en Cuba. No me sueltes la mano, aunque nos boten de últimos de esta fila de contrabando en el Karl Marx. La selección natural sigue siendo la más efectiva función de la fidelidad. Una asesina lección de lesa bailarinidad.